

512

ADMINISTRACION

LÍRICO-DRAMÁTICA.

EL AMOR
DE CAYETANA,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

VICENTE RUBIO LORENTE.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1874.

EL AMOR DE CAYETANA,

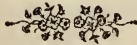
COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

original

DE

VICENTE RUBIO LORENTE.

ESCRITA ESPRESAMENTE PARA EL BENEFICIO DE LA PRIMERA
ACTRIZ SEÑORITA DOÑA MARÍA RUIZ, Y ESTRENADA CON
EXTRAORDINARIO APLAUSO EN MADRID EN EL TEATRO DE ESLAVA
LA NOCHE DEL 28 DE FEBRERO DE 1874.



MADRID:

IMPRESA DE PEDRO ABIENZO,
CALLE DE LA PAZ, NÚM. 6, LIBRERÍA.

1874.

PERSONAJES.

ACTORES.

—	—
CAYETANA.....	D. ^a MARÍA RUIZ.
TECLA.....	» MARÍA ARTIGUES.
ARTURO.....	D. FRANCISCO LOPEZ.

La escena pasa en Madrid.—Epoca presente.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El propietario se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lirico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

ACTO UNICO.

Sala lujosamente amueblada.—Un velador, y encima de este, un ramo de flores, una tarjeta y *El Correo de la Moda*.—Puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

Aparece TECLA con un acerico en la mano, envuelto en una infinidad de papeles de diferentes colores.

Pues, señor, todo está listo,
gracias á San Cayetano,
santo de mi señorita,
y hoy es, no puedo olvidarlo.
Sí; se llama Cayetana.
Me parece que este año
se va á quedar sorprendida
al recibir mi regalo.
¡Es un regalo magnífico,
caprichoso! Vamos, vamos,
digo que es mucha sorpresa
la sorpresa que le guardo.
Aquí está; entre mil papeles
envuelto, lo he conservado;
lo descubriré con tiento,
porque es muy fácil mancharlo.
Lo enseñará á todo el mundo
mi señorita, está claro;
¡si es una cosa que encanta!
como cosa hecha de encargo.

Y no se crean ustedes
 que costó mucho, al contrario.
 ¿Lo ven? Pues este acerico,
 sólo cuesta ¡treinta cuartos!
 Mas tengo que hacer presente,
 que el dármelo tan barato
 ha sido, porque conozco
 al primo de un escribano,
 que es compadre, según dicen,
 de un sacristan, que es tocayo
 del confesor de la monja
 que ha hecho este gran trabajo.
 En fin; yo me pinto sola
 para esto de hacer regalos,
 y en prueba de ello, este es uno
 bueno, bonito y... ¡canario!
 que si me descuido un poco
 va por el suelo rodando.
 ¡Qué acerico tan remono!
 ¡Si es digno de ser premiado!
 ¡Ay, me lo comia á besos! (Besándolo.)
 ¡Benditas sean las manos
 que hacen cosas tan riquisimas!
 Me parece que oigo pasos.
 Ya sale mi señorita.

ESCENA II.

TECLA y CAYETANA.

CAYET. ¿Quién ha venido?
 TECLA. Un criado,
 que ha dejado esta tarjeta
 y este magnífico ramo.
 Pero tengo que entregarle
 otra cosa.

CAYET. ¿Qué es? Sepamos.
 TECLA. En prueba del gran cariño
 que la tengo, la regalo...
 poca cosa, este acerico,
 por ser hoy San Cayetano.

- CAYET. Me gusta mucho.
- TECLA. ¡Es precioso!
- CAYET. (¡Qué infeliz!)
- TECLA. (¡No será extraño
que en alguna exposicion
figure!)
- CAYET. ¡Oh! ¡y es de raso!
Mil gracias por el recuerdo.
- TECLA. No, no hay de qué. (Es de su agrado.)
- CAYET. ¿Y *El Correo de la Moda*
lo han traído?
- TECLA. Aquí está.
- CAYET. Dámelo.
- TECLA. ¿Quiere usted otra cosa?
- CAYET. Nada;
déjame sola.
- TECLA. Volando.

(Antes de salir coge el acerico que Cayetana ha-
brá dejado encima del velador y exclama be-
sándolo)

¡Qué acerico! ¡qué acerico,
le he de pener en un cuadro!

ESCENA III.

CAYETANA sola contemplando el figurin que traerá el pe-
riódico.

Qué traje más caprichoso,
caprichosísimo es;
con un traje así, divina
estaria yo; pues bien,
en esta misma semana,
nada, me lo mando hacer.
(Despues de haber hojeado el periódico.)
¡Hola! vienen poesías,
lo mismo que la otra vez.
Me gustan mucho los versos,
más que la prosa, sí á fé.
¡Oh! los versos me entusiasman;
de qué autor serán ¡á ver? (Fijándose)

¡Si son de mi amigo Arturo!
 Sí, sí. (Leyendo.) «Arturo de Fidel.»
 Veremos cómo se espresa,
 que en ello tengo interés:
 «A la linda señorita
 doña Cayetana Rey,
 en el día de su santo.»
 ¡Si soy yo! ¡Dios de Israel!
 De la alegría que tengo
 no sé si podré leer.
 «Cuando el alba sonreía,
 me despertó esta mañana
 una dulce melodía
 de un ruseñor, que decía:
 ¡Cayetana! ¡Cayetana!
 Entonces, cual trovador,
 quise una trova cantarte,
 pero no pude, ¡oh dolor!
 y mientras, el ruseñor
 no cesaba de nombrarte.
 Quise de nuevo cantar,
 ¡imposible! ¡ilusion vana!
 lo tuve al fin que dejar,
 y el ruseñor sin cesar
 repetía: ¡Cayetana!
 Cuando apurado me vió
 el ruseñor, exclamó:
 ¡Tú podrás cantar, si quieres,
 mil trovas á las mujeres,
 pero á los ángeles, yo!» (Un momento de pausa.)
 ¿Qué es esto que por mí pasa?
 Yo siento amor, no es mentira,
 y eso que tengo presente,
 porque nunca se me olvida,
 uno de los mil consejos
 que me daba mi abuelita:
 «Tienes diez y seis abriles,
 y eres en verdad tan linda,
 que todo el mundo te llama
 la reina de las bonitas.
 Y es tu inocencia tan grande,

que cuando un jóven te mira
bajas la faz, y en dos rosas
se transforman tus mejillas.

Sigue con esa inocencia,
que es muy propia de las niñas;
más si un día, Cayetana,
por algun jóven suspiras,
sufre y guarda tu cariño;
llora, más no se lo digas;
ámale, pero en secreto,
porque si tu amor le pintas,
te verás como las flores,
que al marchitarse, las tiran.»

Y hoy cumplo veintidos años,
la primer vez en la vida
que he sentido por un hombre
un amor que no se esplica.

Amor, que me roba el alma,
un amor, que me fascina;
¿cómo no, si es el que adoro
el autor de estas quintillas!
(Señalando las del periódico.)

Es un jóven tan simpático,
maneja tan bien la lira,
que cuando vibran sus cuerdas
goza tanto el alma mia,
que ignoro en aquel momento
si estoy despierta ó dormida.

ESCENA IV.

CAYETANA y ARTURO.

- ARTURO. Muy felices, Cayetana.
CAYET. Gracias; he visto sus versos.
ARTURO. Valen poco, son perversos.
CAYET. (¡Quién á modesto le gana!)
Nadie su talento niega.
ARTURO. El no tenerlo me abruma,
y usted es digna de una pluma
cual la de Lope de Vega.

Yo no duermo, no sosiego
 emborronando papel,
 más, mi musa está al nivel
 de la de *Perico el ciego*.

Y eso en verdad me desvela;
 pero otro Lope sería,
 si yo encontrase algún día
 una *pluma de gacela*.

CAYET. Siempre con tan buen humor.
 ¿Y sus cosas en qué estado
 se encuentran?

ARTURO. Al diputado
 he visto, y el tal señor
 me dice que espere un poco.

CAYET. Como usted se emplee, Arturo,
 se casa, sí, de seguro.

ARTURO. ¡Ni que yo estuviera loco!
 ¿Yo casarme? ¡Dios eterno!
 ¿Yo contraer matrimonio
 sin tener más patrimonio
 que un destino del gobierno?
 ¡Libreme Dios!

CAYET. ¿Y por qué?
 ¿No hay empleos lucrativos?

ARTURO. Sí; más tengo mis motivos.

CAYET. ¿Cuáles son?

ARTURO. Se los diré.

Un hombre que está empleado
 se casa, sigue adelante,
 pero le dejan cesante

á poco de estar casado.

Pasa un día y otro día

sin volverse á colocar,

y se trasforma su hogar

en miseria y compañía.

La mujer ya frunce el ceño,

por pasar meses y meses

sin ver nada más que *ingleses*

y papeletas de empeño.

¿Qué papel le toca hacer

á un marido, que su esposa

se encuentra joven, hermosa
y sin tener que comer?
Nada; lo más natural
es que vea su señora
al ministro, y sin demora
le pida una credencial
mejor que la que ha tenido;
le sirve el ministro fiel,
pero mientras, ¿qué papel
le toca hacer al marido?

CAYET. ¿Por qué?

ARTURO. Porque más de dos
le escupieran al pasar;
porque, señora, hay que dar
más cuenta al mundo que á Dios.

CAYET. Bien, apruebo su relato;
(me gusta cómo se explica)
más por una joven rica
¿dejaría el celibato?

ARTURO. Si es pobre mi posición,
no haré tal.

CAYET. ¿No?

ARTURO. No.

CAYET. ¡Lo siento!

ARTURO. Pues no miro el casamiento
como una especulación.
Me fundo, tengo razones,
y se las voy á decir.
El casamiento es unir
en uno dos corazones,
y eso muy difícil es;
si aun amándose no pasa,
¿qué será si uno se casa
sólo por el interés?

CAYET. Entremos más en materia.
¿Usted, no transigiría
si llegase el fatal día
de verse entre la miseria?

ARTURO. Présteme un poco atención.
Hoy, sin lisonja, me ama
una vieja, que se llama...

doña Teresa Gascon.

Me encuentro bastante mal
y execro esas relaciones,
teniendo treinta millones,
la vieja, de capital.

El honor me lo aconseja,
más si se agravan mis males,
con condiciones iguales
una jóven y una vieja,
puedo jurarle por Dios
que si en tal caso me viera...

CAYET. ¿Optára por la primera?

ARTURO. Por ninguna de las dos.

Por ninguna, la verdad.

CAYET. (Sí, tiene delicadeza.)

ARTURO. Yo prefiero la pobreza
á perder la dignidad.

Quiero esta marcha seguir
aunque la miseria venga.

Me casaré, cuando tenga
un risueño porvenir;

no desmayo, tendré calma,

y si al fin logro una cosa,

me declararé á la diosa
que me está robando el alma.

CAYET. ¿Con que ama usted? (¡Cielo santo!)

ARTURO. Amo, si.

CAYET. (¡Tendré valor!)

¿Con que siente usted amor?

ARTURO. ¡Qué! ¿soy yo de cal y canto
para no poder sentir?

Amo, cual la madre al niño;

¿si no tuviese cariño

podria yo subsistir?

CAYET. ¿Y esa jóven que usted ama
lo ignora?

ARTURO. Sí, me concreto

á amarla sólo en secreto;

mi posicion lo reclama.

CAYET. ¿Qué tiene que ver?...

ARTURO. Si tal,

dinero se necesita.

CAYET. ¡Dinero! (Con desprecio.)

ARTURO. Sí, señorita,

eso es lo mas esencial.

Mañana, yo me declaro,

y si me dice que sí,

ya me tiene usted á mí

comprometido, está claro.

Yo parezco un caballero,

parezco, mas no lo soy.

CAYET. ¿Por qué causa?

ARTURO. Porque estoy

siempre falto de dinero.

Pues bien; se le antoja un dia

ir al Circo encopetada...

CAYET. Y ella se paga la entrada.

ARTURO. ¿Y quièn me paga la mia?

Que la pague yo, es preciso,

ó si no mi dignidad...

CAYET. Finge usted una enfermedad...

y sale del compromiso.

ARTURO. Cierto, pero, ¿y si en seguida

toma abono?

CAYET. Sigue usted

enfermo.

ARTURO. Y así estaré

enfermo toda la vida.

Nada, nada, es cosa óbvia;

por la novia he de gastar,

y... ó me tengo que empeñar

ó quedar mal con mi novia.

Si tal hago, me denigro,

la ocasion hace al ladron,

y evitando la ocasion,

así se evita el peligro.

CAYET. ¿Pero usted ve con frecuencia

á esa jóven?

ARTURO. Ya lo creo,

todos los dias la veo;

¡me es tan grata su presencia!

CAYET. ¿Y es su corazon ingrato

para amar?

ARTURO. Yo no lo sé.

CAYET. ¿Y es muy hermosa?

ARTURO. Le haré

en quintillas su retrato.

De sus ojos los destellos

al mismo sol le hacen guerra

y esclamo al verlos tan bellos:

¡Si ángeles hay en la tierra

esa niña es uno de ellos!

Si hacer su retrato fiel

se propusiera un pintor,

aunque fuese un Rafael,

seguro que su pincel

le haría poco favor.

La dotó Naturaleza

con hermosura ideal,

porque es bella, sin rival,

tan bella, que su belleza

tiene que ser inmortal.

Así, pues, sin adularla,

todo el mundo como yo

no dejará de elogiarla,

que á rica, podrán ganarla,

más lo que es á hermosa, nó.

CAYET. Siendo esa niña un tesoro,

es justo que al mundo asombre;

¿y podré saber su nombre?

ARTURO. Cayetana... yo lo ignoro.

CAYET. ¿Y la ve usted en el balcon,

en su casa ó en paseo?

ARTURO. Señora, siempre la veo

aquí... en la imaginacion.

Me es imposible olvidarla;

nunca olvidarla podré.

CAYET. ¿Pero, cuándo la habla usted?

ARTURO. Ahora... quisiera yo hablarla.

CAYET. (Se escurre; ¿cómo podría?...)

ARTURO. ¡Es una mujer tan bella!

CAYET. Pero, señor, ¿quién es ella?

ARTURO. Usted... lo sabrá otro día.

se lo promete su... amigo,
conque adios (Saludando.)

CAYET. (¡Qué hombre más raro!)

Si está aquí más, me declaro.

ARTURO. Si no me voy, se lo digo. (Váase.)

ESCENA V.

CAYETANA sola.

Es la desgracia mayor
el ser mujer, no os asombre:
la mujer queriendo á un hombre
no puede hacerle el amor.

La sociedad inclemente
esa ley fué á establecer;
pues qué ¿acaso la mujer
es de piedra, que no siente?

¡Que ley! ¡que ley! vamos, sudo
cuando me pongo á pensar,
que la mujer ha de estar
bajo la ley del embudo.

¡Pero qué mortal se atreve
á decir con gran cinismo,
que exista ese despotismo
en el siglo diez y nueve?

El despotismo es injusto,
pero por justo lo pasa
la mujer, si esta se casa
con un hombre de su gusto.

Yo con Arturo estaría,
no un año, no, sino ciento,
sin tener más alimento
que su dulce poesía.

¡Ella, sería mi encanto,
mi subsistencia, lo juro,
porque los versos de Arturo
me alimentarían tanto!

Por la mañana, quintillas,
al medio día, sonetos,
por la tarde, unos tercetos,

y á la noche... seguidillas.
 Sin abrigar el temor
 de verme hecha un alambre:
 digo... ¿pasaría hambre
 teniendo al lado el autor?
 Yo creo que esto es querer;
 por Arturo estoy sufriendo;
 pero Arturo está queriendo
 en secreto á una mujer.
 Él mismo aquí confesó
 que estaba amando á una diosa,
 y eso me tiene celosa.
 ¿Si esa diosa seré yo?
 ¡Gran Dios, calma mi ansiedad
 sacándome de este abismo!
 ¡Oh, qué idea! Sí, sí, hoy mismo
 voy á saber la verdad.
 La tardanza me exaspera,
 yo vivir así no puedo;
 (Tira del cordón de la campanilla.)
 pues, señor, quién dijo miedo,
 salga el sol por Antequera.

ESCENA VI.

CAYETANA y TECLA.

TECLA. ¿Qué se ofrece, señorita?
 CAYET. Oye, ven, que el tiempo pasa.
 Hoy al señorito Arturo,
 por reir bien á mis anchas,
 le quiero dar una broma;
 pero no broma pesada,
 y para llevarla á cabo
 me haces muchísima falta.
 Dí, ¿puedo contar contigo?
 TECLA. Soy de usted en cuerpo y alma.
 CAYET. Entonces, voy á decirte
 cuál es mi plan de campaña.
 Voy á disfrazarme de hombre.
 TECLA. ¿De hombre usted?

- CAYET. Si.
- TECLA. ¡Santa Bárbara!
¿Pero y si Arturo se entera?...
- CAYET. No se enterará de nada,
siempre que al pié de la letra
lo que yo te ordene hagas.
Si Arturo viene y pregunta
por mí, dices: «No está en casa,
pero me dejó el encargo
que esperase usted sin falta.»
Mientras tanto, le entretienes.
- TECLA. Pero, ¿cómo?
- CAYET. ¿Cómo?... Le hablas
del calor que hace en Madrid,
ó de un viaje á la Granja.
Llego yo, y sin inmutarte,
por Juan Antonio me llamas;
figuro ser primo mio.
- TECLA. ¿Primo de usted misma? ¡Vaya!
Digo que eso es imposible,
señorita Cayetana.
¿Cómo puede usted ser él,
y él usted, si usted es...
- CAYET. Calla,
porque estás disparatando.
¿No ves que yo, disfrazada,
represento ser el primo
de mi misma?
- TECLA. ¡Ya! ¡Caramba!
Gracias á Dios que lo entiendo,
(no he entendido una palabra.)
Puede usted estar tranquila.
- CAYET. Pues me voy. (Sí, tendré calma;
Arturo, pronto sabré
si soy yo la que tú amas! (Vás e.)

ESCENA VII.

TECLA, sola.

¡Jesús! ¡Jesús! ¡Me hago cruces!
¡Si esto me parece un sueño!

¡Ponerse mi señorita
 un traje de caballero!...
 ¿Qué miras serán las tuyas
 al dar un paso tan sério?
 Dice que es por embromar
 á Arturo; podrá ser cierto,
 más, ¿bromitas con los hombres,
 y bromitas de ese género,
 cuando sabe todo el mundo
 que los hombres son el fuego
 y las mujeres la estopa,
 y viene el diablo?... Silencio;
 de quien nos dá de comer
 no está bien que murmuramos.
 ¡Ay! si viviera mi esposo,
 no estaría yo sirviendo.
 Mi marido era teniente,
 ¡oh! sí, de carabineros,
 y aunque su paga era corta,
 tenia en cambio un talento
 muy grande, ¡pero tan grande!
 que en nueve meses y medio
 que estuvo allá, en Algeciras,
 de comandante de puesto,
 tan sólo con los alijos
 hizo un capital inmenso.
 Si el difunto, que esté en gloria,
 tan jóven no hubiera muerto,
 para ministro de Hacienda
 no hubiese tenido precio.
 En fin, á los cuatro meses
 de hallarme viuda, un sugeto,
 amigo de mi marido,
 me hizo el amor. «Ya hablaremos,»
 le contesté yo enseguida;
 más, señores, es lo cierto,
 que al cabo de seis semanas
 era ya mi amor tan ciego,
 que creida en las promesas
 de mi adorado tormento,
 sin andarme con chiquitas

le entregué todo el dinero,
 todo se lo entregué, todo,
 todo... hasta el último céntimo.
 Llega el día de la boda,
 ¡oh! ¡qué día tan funesto!
 La casa se hallaba llena
 de personas de ambos sexos,
 toda gente convidada;
 y como pasaba el tiempo
 y el novio no parecía,
 los padrinos resolvieron
 nombrar una comision
 para que fuera corriendo
 á enterarse de la causa.
 Se hizo así, pero al momento,
 ví regresar muy furiosa
 á la comision, diciendo:
 «Ya no hay boda, porque el novio
 se ha marchado al extranjero;»
 y entonces todos á coro
 gritaron: ¡Vaya un *camelo*!
 Al saber tan fatal nueva,
 en medio de aquel infierno,
 yo me arañaba la cara,
 yo me arrancaba el cabello,
 y dando treinta mil vueltas
 me encontré frente á un espejo,
 y prorumpí al contemplarme:
 ¡Ay, amor, cómo me has puesto!
 (Suena una campanilla.)
 Han llamado, voy á abrir;
 ¿si será Arturo? Veremos.

ESCENA VIII.

TECLA y ARTURO.

ARTURO. Conquè dices que ha salido
la señorita, lo siento.

TECLA. Pero no debe tardar,
porque se marchó diciendo:

«Si viene mi amigo Arturo,
que aguarde, que pronto vuelvo.»

- ARTURO. Entonces la esperaré.
TECLA. (Ahora entretenerle debo.)
¡Qué calor hace en Madrid!
ARTURO. Hace calor, en efecto.
TECLA. Así abunda la hidrofobia.
ARTURO. No abunda, no, porque creo
que si tal cosa abundara,
ya debían de haber muerto,
el perro del prestamista,
el perro del zapatero,
el perro de mi patron,
el perro de mi sereno,
el gran perro de mi sastre,
y otros mil que no recuerdo;
porque, Tecla, convengamos
que en Madrid hay muchos perros.
TECLA. Y qué, ¿no hay sobra de perras?
ARTURO. Eso usted... debe saberlo.

ESCENA IX.

Los mismos y CAYETANA, vestida de hombre.

- TECLA. ¡Señorito Juan Antonio!
CAYET. ¿Y mi primita?
TECLA. Salió,
pero no tardará, no,
(¡Qué mujer, es un demonio!)
CAYET. Te tengo que hacer presente,
que he estrañado mucho hallar
la puerta abierta; robar
pude yo muy fácilmente,
y esto ya de raya pasa.
TECLA. Pero si ha sido...
CAYET. Chiton;
por si ha entrado algun ladron,
anda á registrar la casa.
TECLA. (Vamos, con qué disimulo
está mintiendo.)

CAYET. (¿Qué esperas?)
 TECLA. (¿Pero yo me voy de veras?) (Bajo entre las dos.)
 CAYET. (Si no te vas, te estrangulo.) Idem.

ESCENA X.

Los mismos, ménos TECLA.

Ruego me perdone usted,
 si por no haberme fijado
 antes, no le he saludado
 cual debia.

ARTURO. No hay de qué.

Y como persona llana
 los cumplimientos suprimo,
 tanto más, siendo usted primo
 de mi... amiga Cayetana.

CAYET. ¿Con qué es su... amiguita?

ARTURO. Sí;

me honra mucho su amistad.

CAYET. Si he de decir la verdad,
 que era su novia creí.
 Pero ya que convencido
 estoy, que sólo es... su amiga,
 no es extraño que le diga
 que si de Murcia he venido,
 ha sido con la intencion
 de hacerla el amor hoy mismo.

ARTURO. (¡Santo Dios, ábrete abismo!)

CAYET. La pintaré mi pasion...
 (que me está amando recelo,)

y si me llega á querer,
 muy pronto vamos á ser
 un matrimonio modelo.

Ya mi corazon se afana
 por decirle: «Yo te adoro.»

¿No es verdad que es un tesoro
 mi primita Cayetana?

Que es jóven, honrada y bella,
 no puedo dudarle, no.

¡Ay! ¿no opina usted que yo

seré muy feliz con ella?
El mundo me va á envidiar
con mi prima encantadora.

(¿Si yo no me elogio ahora,
cuándo me voy á elogiar?)

Pero noto, caballero,
que usted cambia de color;
¿siente usted por ella amor?

ARTURO. (¡En vano ocultarlo quiero!)

CAYET. ¿Para qué pruebas mayores
que ese silencio?

ARTURO. Bien, pues,

sí, sí, ¡Cayetana es
el ángel de mis amores!

Voy de su cariño en pos;
por ella estoy padeciendo.

CAYET. (No hay duda, lo estoy oyendo,
me quiere, ¡gracias, gran Dios!)
¿Pero usted nunca le ha dicho?...

ARTURO. Ni una palabra.

CAYET. Es bien raro;
eso me dice bien claro
que es solamente un capricho.

ARTURO. ¡Capricho! si esa intencion
se abrigara aquí, en mi pecho,
yo mismo me hubiera hecho
pedazos el corazon.

CAYET. Entonces yo no concibo...
ni aun adivino el por qué
no se declara.

ARTURO. Oiga usted
de mi silencio el motivo.
No es de extrañar que así obre,
siendo su prima una chica
joven, elegante y rica,
y yo inmensamente pobre.
¿No sería una demencia
declararme, caballero?
Yo la diré que la quiero,
en cuanto cobre una herencia...

CAYET. ¡Ah! ¿Conque una herencia?

ARTURO.

Sí;

y en prueba de que no miento,
lea usted este documento.
(Entregándole una carta.)

CAYET.

(Lo leeré.) Dice así:

«Sr. D. Arturo de Fidel.

Muy señor mio: En vista de lo que hablamos ayer, debo decirle que podría, y esto haciéndole un gran favor, facilitarle la cantidad de diez mil duros, por los veinte mil que le corresponden de su herencia. Suyo,

Lobo.»

¡Vaya un lobo! Sí, este lobo quiere ver si usted se deja engañar como la oveja; señor mio, ¡esto es un robo! (¡Y esto es justo, caballeros? (Dirigiéndose al público.)

Si fuese gobierno yo, mandaba á Fernando Póo á todos los usureros.

No, no puedo consentir que se deje usted engañar. Esto lo voy yo á arreglar.

ARTURO.

¿Más, cómo?

CAYET.

Lo vá usted á oír.

Comprendiendo que usted estima á mi prima, y que ese amor ya es de tiempo, con dolor... yo le cedo á usted mi prima. Y como á usted le dá crédito su herencia, por eso estoy resuelto á entregarle hoy veinte mil duros sin rédito, ni pagaré.

ARTURO.

¡Es cosa rara!

CAYET.

A mí me es indiferente; la persona que es decente, se le conoce en la cara. Por lo mismo lo rechazo.

- ARTURO. Mi gratitud será inmensa,
y además, en recompensa,
le voy á dar un abrazo. (Se lo dá.)
- CAYET. (No puedo retroceder.)
- ARTURO. Usted alcanzará renombre,
porque es usted, todo un hombre.
- CAYET. (Pues soy toda... una mujer.)
Siento mucho, caballero,
el tenerme que ausentar.
Adios, (Dándole la mano.) no le haré esperar,
pronto tendrá usted el dinero. (Vase.)

ESCENA XI.

ARTURO sólo.

Cosas pasan en la vida
que nunca hubiese creído;
¡entregar veinte mil duros
de esa manera, es rarísimo!
Si en vez de un hombre de bien
fuese yo un solemne pillo,
el primo de Cayetana
sería un primo, muy *primo*.
Que en la cara se conoce
el que es decente, eso ha dicho;
más niego la consecuencia,
la niego, sí, lo repito;
no se conoce en el rostro,
por que hay en Madrid muchísimos
que tienen cara de santos,
y se dedican á oficios,
que el que ménos, por lo ménos,
estar debía en presidio.
Y para que se convenzan
que hay verdad en lo que digo,
les voy á narrar un hecho
digno de ser conocido.
Frecuentaba yo la casa
de un matrimonio sin hijos,
personas de mucho aprecio,

y la mujer al marido
 con frecuencia le decia:
 «Llevas en la cara escrito
 que eres persona decente;»
 y hablaba bien, pues yo mismo,
 juzgandole por el rostro,
 creia que era un bendito;
 tenian una sobrina,
 que la trageron de Pinto,
 para ahorrarse una criada;
 y era uno de esos tipos
 que su rostro está diciendo:
 «Soy honrada.» Yo, al principio,
 me puse á hacerla el amor
 por estar entretenido,
 y así seguí varios meses,
 sin faltarla en lo más mínimo.
 Más tarde, tuve que hacer
 un viaje repentino
 á la gran ciudad del Cid,
 y á mi regreso, me dijo
 un amigo de la casa:
 «¿No sabe usted que ayer mismo
 la sobrinita de marras
 se ha fugado con su tio?»
 Ella parecia buena;
 él parecia un bendito;
 luego pruebo que en el rostro
 no se lee nada. He dicho.

ESCENA XII.

ARTURO y TECLA, con un pliego.

TECLA. (¿Qué es lo que vendrá aqui dentro?)
 De parte del señorito
 don Juan Antonio, este pliego
 para usted. (Se lo entrega.)

ARTURO. ¿Quién lo ha traído?

TECLA. Me parece que un criado;
 de cierto no sé decirlo;

al menos lo parecía.

ARTURO. Está muy bien.

TECLA. (¡Jesucristo!

Miento más que la *Gaceta*.

¡Qué lios, Señor, qué lios!) (Marchándose.)

ESCENA XIII.

ARTURO, solo.

Ha cumplido su palabra;

(Después de haber visto los billetes.)

¡veinte mil duros, respiro!

con ellos, ya puedo hablarle

á Cayetana. ¡Dios mio!

la declararé mi amor,

y si aprueba mi cariño,

seré el mortal más feliz

de cuantos han existido.

¿Y si llega á despreciarme?

¿Si su amor, que tanto ansío,

lo tuviese puesto en otro,

para qué mayor martirio?

¡Ay! deseo saber pronto

si es que soy correspondido.

Cada minuto que pasa,

¡gran Dios, me parece un siglo!

¡No sé por qué estoy celoso!

¡Tengo celos de mí mismo!

¡Mas no sufras, corazón,

que aun te queda el suicidio!

Si EL AMOR DE CAYETANA...

ESCENA XIV.

ARTURO y CAYETANA que ha oído el último verso.

CAYET. ¿Llamaba usted?

ARTURO. (Qué la digo.)

No, señora.

CAYET. Como oi

mi nombre.

ARTURO. Sí; pero ha sido
que estaba haciendo un soneto
para usted, y era preciso
nombrarla.

CAYET. Vamos, ya caigo.

ARTURO. (¡Ay! estoy sudando el quilo.)

CAYET. ¿A ver? Léalo usted Arturo.

ARTURO. Como no está concluido,
no la puedo complacer.

CAYET. ¿No? Pues lo siento muchísimo.
(Veremos cómo se explica.)

ARTURO. Entonces, con su permiso,
lo concluiré al instante.
(Saca una cartera, sin que lo note Cayetana.)

CAYET. Conste que yo no lo exijo.

ARTURO. (¡Oh! ¡qué idea se me ocurre,
(Se pone á escribir.)

el pensamiento es magnífico!)

CAYET. (Me está escribiendo un soneto, (Se sienta.)
y si en él, como imagino

me declarase su amor,

como sé que no es ficticio,

en vez de «Lo pensaré,»

le contestaré: «Lo admito.»

No conviene por ahora

hablarle nada del primo,

porque si llega á saber

que el primo fui yo, ¡Dios mio!

hasta que cobre la herencia

no se casa, positivo.

Nada, guardar el secreto

es lo más acertadísimo.

Ya tendré tiempo despues,

cuando sea mi marido,

de dárselo á entender todo.)

ARTURO. Oiga usted: se lo suplico.
(Despues de una breve pausa.)

«¡Hermosa Cayetana! yo quisiera
hoy hacerte una gran dedicatoria,
que quedara grabada en tu memoria

y asombrase á la gente venidera.

Porque eres, en verdad, tan hechicera,
que al dejar de existir, dirá la historia:
«De Cleopatra llegó á eclipsar la gloria,
pues no era una mujer, un ángel era!»

Te consagro un soneto, más deliro,
al quererme meter en tal aprieto,
pero en tu rostro angelical me inspiro.

Y así, pues, á decirte me concreto,
que yo te adoro, que por tí suspiro.

(Arrodillándose.)

CAYET. Lo mismo yo. (Rápido y levantándose.)

ARTURO. Se concluyó el soneto.» (Idem.)

¿Me quieres?

CAYET. Pregunta vana;

en cuanto seas casado,
sabrás á dónde ha llegado
¡EL AMOR DE CAYETANA!
No te quepa duda alguna;
mujeres podrás hallar
que te sabrán mucho amar,
pero como yo, ninguna.

ARTURO. Hasta arreglar nuestro enlace
no pararé día y noche.
(Tira del cordon de la campanilla.)

ESCENA ÚLTIMA.

CAYETANA, ARTURO y TECLA á la puerta del foro.

Vaya usted á buscar un coche.

CAYET. Espérate. No me place
que esto finalice así.
¿Pues qué, acaso te se olvida?...
(Por el público.)

ARTURO. Me impone esta despedida.
Tecla, acérquese usted aquí.

(TECLA se aproxima y se pone en medio de los dos.)
En el público se aumenta
la agitacion, y he creído...

TECLA. Comprendido, comprendido;
eso corre de mi cuenta.

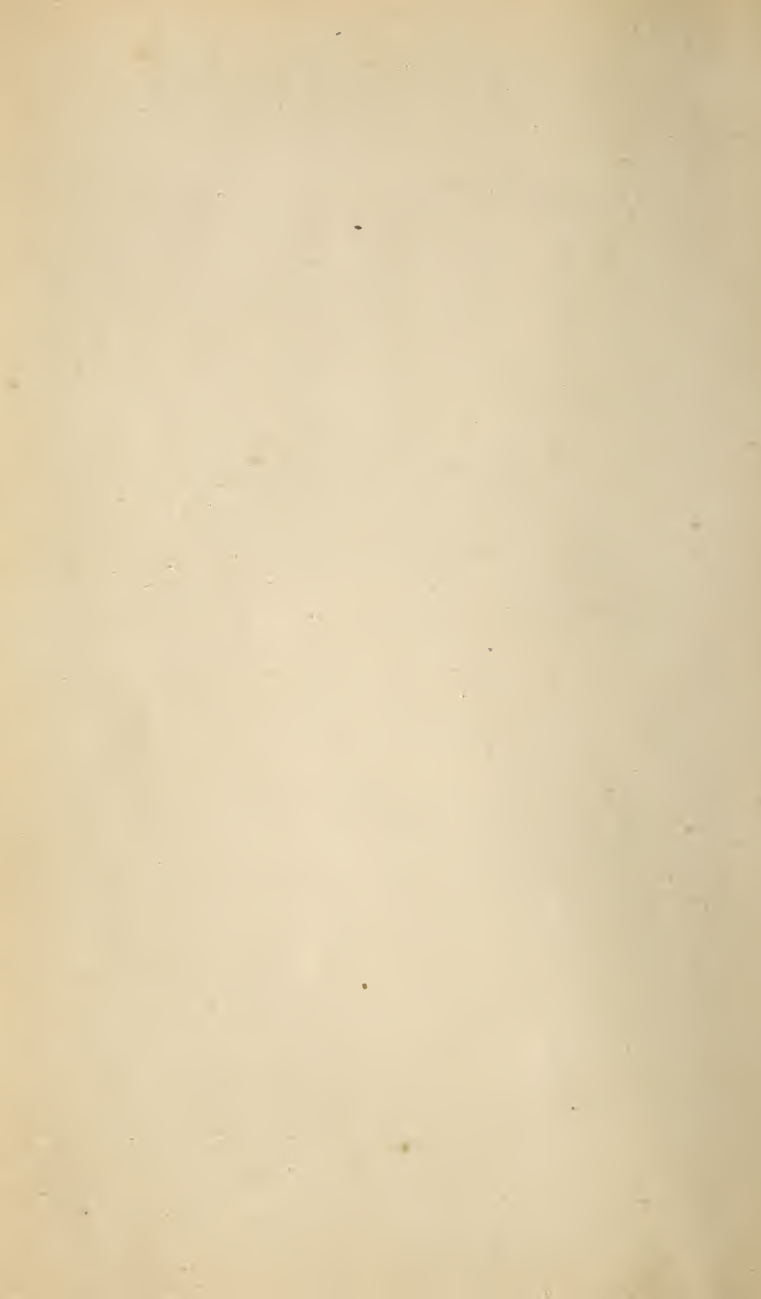
ARTURO. Pues á su eleccion lo dejo.

TECLA. ¡Como que soy poetisa!

CAYET. }
ARTURO. } ¡Já! ¡já! ¡já!

TECLA. }
 } ¡Les causa risa?
Oigan, pues, este ovillejo.
 (Dirigiéndose al público.)
Por que la aplaudan se afana,
 Cayetana.
Quiere aplausos, de seguro,
 Arturo.
Y silba no quiero, no,
 Yo.
Si la comedia os gustó,
si los tres bien estuvimos,
un aplauso, os lo pedimos
Cayetana, Arturo y yo..

FIN.



PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.